

**La entrevista con el vampiro.
(Una historia de miedo de verdad)**

Versión: 7/11/02

**UN CORTOMETRAJE DE LA CONGREGACIÓN TELEPOIÉTICA DE
PATAFÍSICA.**

Personajes:

ANTONIO.
TRES TELEOPERADORES.
SUPERVISOR.
CLIENTA (VOZ EN OFF)
CLIENTE (VOZ EN OFF)
ENTREVISTADORA1
ENTREVISTADORA2
GRUPO DE ASPIRANTES (4)
COMPAÑERO 1
COMPAÑERA 1
COMPAÑERA 2
EL DE LOS CASCOS
MADRE DE ANTONIO
CARTERA (VOZ EN OFF)
SINDICALISTA
MADRE EN EL PARQUE
NIÑA EN EL PARQUE
ABUELO EN EL PARQUE
CHICA DE LA PAREJA DEL PARQUE
CHICO DE LA PAREJA DEL PARQUE
CONTRATANTE
MÁS COMPAÑEROS DE ANTONIO
CUADRILLA DE LA LIMPIEZA DEL MURO

Esta obra no está sujeta a derechos de autor, pero se perseguirá con toda la fuerza de la ley y de lo que no es la ley a cualquiera que la utilice en provecho personal, individual o comercial.

Esta obra está publicada en la Biblioteca Virtual del MLRS www.nodo50.org/mlrs.

ESCENA 1.

En negro. Interior del centro de atención telefónico de clientes de Amigos, compañía de telecomunicaciones.

Ruido furioso de cientos de conversaciones simultáneas y de presurosas pulsaciones de teclas.

Lentamente encadena con la imagen de un minúsculo nicho de teleoperador vacío: apenas cabe el ordenador, el teclado y la alfombrilla corporativa del ratón. Las paredes del puesto están tan absolutamente cubiertas de documentos, tarifas y carteles que se oculta casi del todo un título universitario enmarcado que también cuelga allí. Los carteles lucen un brillante logo de empresa y chillan, en los vivos colores corporativos, sus mensajes:

“Recuerda: Amigos, para siempre”,
 “Recuerda: en Amigos no hay problemas” y “problemas” está tachado,
 “Recuerda: revisa al final de la semana tus estadísticas personales”,
 “Recuerda: Está prohibido regar las plantas”,
 “Recuerda: sé feliz en tu trabajo y el cliente también lo será”.

En la parte superior del puesto, sobre el ordenador, una estantería desbordada de papeles y carpetas que lucen, como no, el logotipo de Amigos.

El plano se abre: a la izquierda y a la derecha del puesto vacío dos personas trabajan en sendos nichos minúsculos y caóticos, a cuyas espaldas cruza el Supervisor (traje y un buen reloj), que, al ver el puesto vacío, se detiene y mira la hora. Después de unos segundos en que toma nota del retraso, sigue adelante.

Llega Antonio, cansino, arrastrando unas ojeras malvas, camisa arrugada, vaqueros sucios y mochila de la empresa, lo que contrasta con los ridículos uniformes que exhiben sus compañeros: americana roja, corbata con el logo de Amigos. Lo vemos de espaldas saludar a sus dos colegas, que, siempre hablando, le devuelven el saludo. Bosteza, se despoja del abrigo, arroja la mochila, saca sus cascos de un cajón y los conecta al call-master, al tiempo que ejecuta un programa en el ordenador. Bosteza. Todavía está de pie cuando un pitido anuncia la entrada de la primera llamada de su jornada laboral. Antonio pulsa un botón del call-master y los datos del cliente que está llamando aparecen en la pantalla del ordenador.

ANTONIO (hierático, mientras saca de la mochila un termo y una taza con los colores de la berkana): Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?.

CLIENTE (voz en off al otro lado del hilo telefónico, enfadado, sobre la marabunta que ruge en call-center): Mira, os he llamado varias veces para decíroslo, pero al parecer...

Antonio se agacha para buscar algo dentro de la mochila que ha dejado en el suelo, saliendo por ello de encuadre.

CLIENTE: ... no os enteráis o no os queréis enterar... Me habéis enviado DOS veces mal la factura. Ya os dije que A PARTIR DE ABRIL quería que la factura de este teléfono llegara a nombre...

ANTONIO (mecánicamente, mientras sigue buscando agachado): Aha.

CLIENTE: ... de Miralles y Asociados. ¡Y me está llegando a mi nombre! ¡Ya está bien caramba! ¡Que parece que no os queréis enterar!

Antonio pulsa una tecla del call-master y se quita los auriculares para poder buscar con mayor comodidad.

CLIENTE (difícilmente audible): Quiero que inmediatamente rectificuéis esto. ¡Pero inmediatamente! ¿Me oyes? ¡Inmediatamente!

Antonio encuentra, por fin, la cucharilla para el café y el bote con azúcar. Por un instante mira los cascos sobre la mesa, desde los cuales sigue gritándole el cliente.

CLIENTE: ¿Me oyes? ¡Oyes! ¡¡Joder, hay alguien ahí!!

Antonio observa cansinamente su título de Licenciado en Filología Hispánica. Luego mira como hipnotizado el ordenador, sus cascos sobre la mesa. El Supervisor entra en cuadro y se detiene detrás de él, sin que Antonio lo vea. El cliente sigue gritando. Antonio, de pronto, parece haber salido de una larga meditación y asevera con la cabeza. Su mirada se ha llenado de determinación. Deja el azúcar y la cucharilla y se pone de nuevo los cascos.

CLIENTE: ¡¡¡¿DÓNDE COÑO ESTÁS?!!!

ANTONIO: Aquí estoy, Sr. Todavía...

CLIENTE: ¡SERÁS GILIPOLLAS! ¡¡PONME INMEDIATAMENTE CON UN SUPERIOR!! ¡¿ME OYES?! QUIERO...

ANTONIO: (haciendo una burla infantil de las exigencias del cliente) ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero!

El cuerpo del Supervisor, que se abalanza sobre Antonio mientras éste cuelga la llamada, funde en negro. Comienza una maquinal pieza musical tecno.

ESCENA 2.

Exterior noche.

Diferentes escenas de la noche madrileña tomadas cámara en mano, trepidadas e intercaladas a la velocidad de un ritmo de música atronadora. Sobre todo ello, los créditos.

Antonio en un autobús nocturno, fuera el tráfico caótico a cámara rápida.

Transeúntes que pisan charcos.

Un mendigo habla solo.

Las luces de la ciudad.

Los pies apresurados de los transeúntes en la calle del Carmen.

Una pareja discute.

Antonio en el autobús.

Un semáforo parpadeando.

Las luces de una discoteca.

Personas corriendo para cruzar la calle.

Alguien busca en un contenedor de basura.

Zapatos en los charcos.

Congregación de paraguas.

Antonio baja del autobús.

Rastros de luz de la circulación captada a cámara rápida.

Antonio cruza una calle junto con una multitud de personas.

Torbellino de luces.

Se escucha un frenazo y un golpe.

Silencio. Fundido en blanco.

Se escucha un pitido.

ESCENA 3.

Interior del call-center de Amigos.

Se escucha un pitido.

Antonio, vestido con uniforme corporativo, pulsa el botón de recepción de llamada del call-master. Los datos del cliente aparecen inmediatamente en pantalla. Sobre el monitor dos carteles:

“Recuerda: Amigos, para siempre”,
 “Recuerda: hoy también da más por menos”.

Conversación muy educada y calmada.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?

CLIENTA: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días.

CLIENTA: Hola, llamo porque soy clienta vuestra...

ANTONIO: aha.

CLIENTA: ... y quería saber si ya tenéis internet.

ANTONIO (habla al tiempo que manipula el programa de ordenador): En este momento no disponemos de ese servicio, pero en Amigos ya estamos trabajando para poder ofrecérselo en el menor plazo de tiempo.

CLIENTA: ¿Y para cuándo lo tenéis?

ANTONIO (escribe algo en el ordenador): En breve podrá disfrutar de ese servicio.

CLIENTA: Ya, ¿pero para cuándo?

ANTONIO: Muy en breve.

CLIENTA: Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO: A usted por su llamada, bue...

La vista de Antonio se topa accidentalmente con el cartel que sobre el monitor indica “Recuerda: Amigos para siempre”.

ANTONIO: Amigosparasiempre, buenosdías.

Casi inmediatamente, se emite otro pitido.

Antonio pulsa el botón de recepción de llamada del call-master. Los datos de la CLIENTA aparecen inmediatamente en pantalla.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?

CLIENTA: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días.

CLIENTA: Hola, llamo porque soy clienta vuestra...

ANTONIO: aha.

CLIENTA: ... y quería saber si ya tenéis internet.

ANTONIO: En este momento no disponemos de ese servicio, pero trabajamos en ello.

CLIENTA: ¿Y para cuándo lo tenéis?

ANTONIO: En breve.

CLIENTA: Ya, ¿pero para cuándo?

ANTONIO: Muy en breve.

CLIENTA: Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO: Amigos para siempre, buenos días.

Inmediatamente vuelve a emitirse otro pitido.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?

CLIENTA: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días.

CLIENTA: Hola, llamo porque soy clienta vuestra...

ANTONIO: aha.

CLIENTA: ... y quería saber si ya tenéis internet.

ANTONIO: No, no tenemos internet, pero trabajamos en ello.

CLIENTA: ¿Y para cuándo lo tenéis?

ANTONIO: En breve.

CLIENTA: Ya, ¿pero para cuándo?

ANTONIO: Muy en breve.

CLIENTA: Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO: Amigos para siempre, buenos días.

Inmediatamente, otro pitido. La frase final de Antonio prácticamente enlaza con la siguiente. La conversación se sucede maquinalmente.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?

CLIENTA: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días.

CLIENTA (rápido): Hola, llamo porque soy clienta vuestra...

ANTONIO: Ya.

CLIENTA (rápido) ... y quería saber si ya tenéis internet.

ANTONIO (rápido): De momento no disponemos de ese servicio.

CLIENTA (rápido): ¿Y para cuándo lo tenéis?

ANTONIO (pisando la última frase de la CLIENTA): En breve, en breve.

CLIENTA (sin escuchar a Antonio, rapidísimo): Ya, ¿pero para cuándo?

ANTONIO (acelerado): Muy en breve.

CLIENTA (rapidísimo): Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO (antes de que termine la Clienta): Buenos días, Sra.

El pitido se oye a mitad de la frase anterior de Antonio, que enlaza lo que está diciendo con la frase siguiente en un continuo. La conversación se sucede acelerada, Antonio y la clienta se pisan las frases. Sus tonos son absolutamente caricaturescos, los gestos de Antonio, maquinales, anticipados a sus frases.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, ¿en qué puedo ayudarle?

CLIENTA: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días. No tenemos internet.

CLIENTA: ¿Y para cuándo lo tenéis?

ANTONIO: Puff, esa es una pregunta difícil.

CLIENTA: Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO: Faltaría más, a Vd. Buenos días.

Pitido. La conversación adquiere una velocidad terrible, las frases apenas se entienden y no se puede discernir cuando habla Antonio y cuando la Clienta.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, no tenemos internet.

CLIENTA: Bueno, pues nada, gracias.

ANTONIO: A vd. Buenos días.

Pitido. Lo que sigue con Antonio desquiciado, fuera de sí.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013, no tenemos internet. Buenos dí...

Pitido.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013 y no tenemos. Buenos...

Pitido.

ANTONIO: Antonio, 1013, y buenos días. No tenemos, Amigos, Inter....

Pitido.

ANTONIO: Internet, buenos amigos. No tenemos, Antonio. 101...

Pitido.

ANTONIO: ¡No tenemos!

Pitido.

ANTONIO: ¡No! Anto...

Pitido.

ANTONIO: ¡No! ¡1013!

Pitido.

ANTONIO: ¡1013! ¡No! ¡1013! ¡No! ¡1013! ¡No!

De pronto, SILENCIO. Antonio pasa un instante recuperando el resuello, respira pesadamente. Se oye un pitido. Antonio pulsa el botón de recepción de llamada del call-master. Los datos del cliente aparecen inmediatamente en pantalla.

ANTONIO: Amigos, buenos días. Soy Antonio, puesto 1013 y me tiro así las ocho horas del día, todos los días, incluyendo algunos festivos, desde hace un año.

CLIENTA: Eres un exagerado, seguro que no es para tanto.

ANTONIO: No, a veces es mucho peor. Hace dos semanas pidieron voluntarios para back-office, que no cogen llamadas, y perdimos todos el culo por que nos cogieran y librarnos un rato de la pesadilla del teléfono. Total, que me seleccionaron. ¿Y sabe qué he hecho las dos últimas semanas? Abrir sobres. ¡¡Ocho horas abriendo sobres!! A veces me dan ganas de levantarme y largarme sin dar una explicación.

CLIENTA: ¿Y por qué no lo haces? No es para tanto.

ANTONIO: ¿Qué no? Mire, por las noches sueño con ello y el brazo me hace sólo (trata de hacer el gesto de abrir un sobre con un abrecartas, pero le da un tirón en el codo). ¡Ah! (Se frota el codo).

CLIENTA: Un esguince.

ANTONIO: El médico dice que es codo de tenista.

CLIENTA: (Riéndose) ¡De tenista! Si no has visto una raqueta en tu vida.

ANTONIO: El deportes es de fascistas...

CLIENTA: ¿Ah, sí?

ANTONIO: Pues sí. En cuanto una horda de fanáticos autoritarios se hacen con el poder, lo primero que quieren es poner a la población en chandal a hacer flexiones. Después de rezar y de cantar el himno nacional, claro.

CLIENTA: Bueno, por lo menos este trabajo te da para vivir y tienes las tardes libres, ¿no?

ANTONIO: (sarcástico) ¡Es verdad, Sra.! ¡Qué ilusión! Trabajo como un burro toda la mañana y por las tardes recupero fuerzas para el día siguiente. ¡Un superplan!

CLIENTA: Y si estás tan mal ¿por qué no dejas de quejarte y haces algo? ¿Has tratado de buscar otro trabajo?

ANTONIO: (muy sarcástico) Sí, claro. Veamos: he sido teleoperador en telecomunicaciones y telepizzero en telepizza, así que me queda probar de telechaperero al teléfono o de teledivente teledirigido. Ya lo decía mi madre: ¡El tele!

CLIENTA: Pues tú verás lo que haces, Antonio, pero en la vida no se regala nada. Si algo quieres... Bueno, te dejo, que tengo qué hacer. Amigos para siempre. Buenos días.

ANTONIO: ¡Que te den por el tele!

Antonio se queda sentado mirando pensativo la pantalla del monitor.

ESCENA 4

CONTINUIDAD sobre la cara de Antonio. Interior de un despacho onírico, de dimensiones ciclópeas y de un blanco immaculado.

Antonio está sentado en un extremo de una larga mesa. En el otro, lejos, al fondo, dos mujeres, vestidas con el mismo traje gris perla de las entrevistadoras profesionales. Una sonrío, mientras la otra hojea papeles.

ENTREVISTADORA 1 (Sacando la vista de sus papeles): En vista de tu curriculum hemos decidido quedarnos contigo.

ENTREVISTADORA 2: Entrarás por quince días renovables, y si eres bueno, por tres meses prorrogables.

ENTREVISTADORA 1: Al principio contarás en nómina como auxiliar administrativo aunque te habrán dicho, que el que se jubila, es el contable.

Te contrataremos por cuatro horas,

ENTREVISTADORA 2: pero no te preocupes, trabajarás ocho.

ENTREVISTADORA 1: Dada la situación de la empresa te pagaremos esas aparte.

En total: 62.700 ptas. al mes,

ENTREVISTADORA 2: aunque tus compañeros, para redondear, hacen tres horas más todas las tardes, y viene los sábados medio día. Entre unas cosas y otras pasas de las cien mil.

ENTREVISTADORA 1: Bueno, si es que no estás metido en política,

ENTREVISTADORA 2: no queremos líos con los sindicatos ni trabajadores conflictivos.

ENTREVISTADORA 1: Has escuchado lo que ha dicho Aznar que hace falta para levantar este país, ¿no?

ENTREVISTADORAS 1 Y 2: Trabajo, Sacrificio y Tolerancia.

ENTREVISTADORA 2 (con una sonrisa beatífica, incorporándose sobre la mesa, le escupe a Antonio) : Hermoso, ¿verdad?

La cara estupefacta de Antonio.

ESCENA 5.

Interior. Otro despacho de entrevistas. Las mismas actrices interpretan a dos entrevistadoras diferentes, pero iguales.

Continuidad sobre la cara de Antonio.

ENTREVISTADORA 1: (cordial) Vais a simular que sois el gobierno de Zipán, un país subdesarrollado que ha recibido una ayuda del FMI.

Antonio está sentado junto con cuatro o cinco aspirantes más. No es el único visiblemente tenso, pero sí el único notablemente incómodo.

ENTREVISTADORA 2: Se trata simplemente de comprobar, con esta dinámica de grupo, vuestra fluidez verbal.

ENTREVISTADORA 1: Cada uno de vosotros será ministro de un sector. Tendréis que conseguir el mejor presupuesto para vuestro ministerio. En las hojas que os hemos dado se os indica cuál es exactamente.

Mientras las entrevistadoras hablan, Antonio mira a izquierda y derecha. El resto de aspirantes toman sus hojas y las giran. Los imita. Coge la suya y la alza ante sus ojos, colmando el encuadre. Podemos leer que le ha tocado ser

Excelentísimo/a Sr./a. Ministro/a del Fútbol.

Antonio baja lentamente la hoja. La escena ha cambiado pero las entrevistadoras son las mismas. Otro despacho, otra empresa, otro puesto. El desconcierto de Antonio va en aumento. Descubrimos su cara tras el papel tratando de controlar la aprensión.

ENTREVISTADORA 1: (en off)...y el tema para esta dinámica de grupo es la pena de muerte...

ENTREVISTADORA 2: (en off) ¿Crees que estás capacitado para soportar el estrés?

ENTREVISTADORA 1: (en off) ...turnos rotativos...

ENTREVISTADORA 2: (en off) ¿Qué harías si un cliente te insultara por teléfono?

ENTREVISTADORA 1: (en off) ...dos semanas de mañana, dos de tarde y...

ENTREVISTADORA 2: (en off) El primer mes sería sin contrato y...

ENTREVISTADORA 1: (en off) ...y dos semanas de noche...

ENTREVISTADORA 2: (en off) ... muy mala para los euros, pero sales a unas noventa...

ENTREVISTADORA 1: (en off) Si no tienes preguntas...

ENTREVISTADORA 2: ¿Quieres añadir algo?

Primerísimo plano de la cara de Antonio, descompuesto pero sonriente. Traga saliva.

ANTONIO: Cada vez que me piden el currículum...

ESCENA 6.

Interior. Office del centro de atención al cliente de Amigos, que recuerda en todo a una cocina (microondas, nevera, pila de los platos), excepto por una máquina de refrescos y sandwiches. En una pared, un expositor con las estadísticas mensuales de rendimiento y unos carteles con la filosofía de empresa (Recuerda: hoy también da más por menos). Comiendo en una mesa comunitaria, Antonio y dos compañeros. Uno de ellos se está masticando unos macarrones de sobre al ritmo de la música techno de sus cascos. Comida y ritmos enlatados.

ANTONIO (masticando completa la frase del final de la anterior escena: Cada vez que me pide el currículum vitae)... me arrepiento de todo.

COMPAÑERO 1: ¡Que güebos! ¿Y ellas qué hicieron?

ANTONIO: Me dieron la mano y me dijeron que ya me llamarían en alguna otra ocasión.

COMPAÑERO 1: ¡Qué güebos!

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

ANTONIO: Yo creo que ni me oyeron. (Mira de reojo a EL DE LOS CASCOS, que sigue comiendo macarrones). Nunca saldré de esta mierda de trabajo.

COMPAÑERO 1: ¿Por qué no te preparas unas oposiciones?

ANTONIO: (irónico) Y en lo que me sale un puesto de profesor interino, vivo de mis habilidades circenses, ¿no?

COMPAÑERO 1: ¿De payaso?

ANTONIO: (con media sonrisa) De hombre bala sin red. Hice un cursillo de esos del INEM.

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

COMPAÑERO 1: Ya. A lo mejor podías intentarlo si volvieras a vivir con tu madre en lo que estudias.

ANTONIO (muy serio): Ni de coña.

COMPAÑERO 1: Bueno, ¿por qué no?

ANTONIO: Prefiero lo del hombre bala...

COMPAÑERO 1: ¡Venga, coño! No será para tanto...

ANTONIO: ¿Que no? Tú no sabes de lo que estás hablando.

Suena el timbre del portero automático. Antonio sigue comiendo. Lo que sigue visualiza una rememoración de la vida de Antonio con su madre. Vuelve a sonar el timbre en cortos timbrazos.

ANTONIO: (sonriendo al COMPAÑERO 1 como diciendo: vas a ver ahora): ¡¡¡ Mamá, que llaman !!!

VOZ EN OFF DE LA MADRE ANCIANA: ¡¡¡¿Qué?!!!

ANTONIO: ¡¡¡¡¡Que llaman!!!!

VOZ EN OFF DE LA MADRE: ¡¡¡¡VA!!!!

La madre de Antonio (unos setenta años, bajita, regordeta) cruza el office con un frus-frus de su bata de foán y un zas-zas de sus pantuflas. El timbre repica.

EL DE LOS CASCOS: (a sus macarrones, mientras la madre cruza) I've got the power... na na na

MADRE: ¡¡¡QUE YA VA!!!

La madre sale de cuadro. Una mano nudosa y anciana descuelga el telefonillo. Antonio sigue comiendo mientras escucha la conversación de la madre, que viene más allá de la imagen visible.

MADRE: ¿Quién es?

VOZ DE LA CARTERA A TRAVÉS DEL TELEFONILLO: Cartera.

MADRE: ¿Qué?

CARTERA: Soy la cartera, me puede abrir.

MADRE: ¿Qué?

CARTERA: La cartera, ¿me abre?

MADRE: ¡Ah! ¿y a qué piso va?

CARTERA: ¿Cómo?

MADRE: ¿que a qué piso va?

CARTERA: Voy a los buzones, vengo todos los días. Que soy la cartera, ¿me quiere abrir?

MADRE: ¿Y de qué vecino es Vd. cartera?

CARTERA (cabreada): ¡Coño! ¡Otra vez, Vd.! ¡Que me abra!

MADRE: ¿Qué?

CARTERA: Mire, si no me quiere abrir, no me abra, pero ¡¡no me ande jodiendo!!

MADRE: ¡Ay, hija!, no te oigo.

CARTERA: ¡¡A LA MIERDA!!

La madre cuelga el telefonillo, que comienza a repicar y a repicar y a repicar, malhumorado... Cruza la madre el office en sentido contrario.

MADRE (al paso, totalmente convencida): Era tu hermana.

La madre sale de escena. Antonio se gira para hablar con su compañero.

ANTONIO: ¿Qué? ¿Era o no era para volverse loco?

El compañero le mira sonriendo, divertido por la anécdota.

AMIGO: Estoy seguro de que exageras.

ANTONIO: La vida es la que exagera.

Entran al office dos compañeras más charlando animadamente. Todos se saludan, excepto EL DE LOS CASCOS. Antonio se enciende un cigarrillo.

COMPAÑERA 1: ¡Cuarenta mil pesetas me han costado las invitaciones!

COMPAÑERA 2: Bueno, total es una vez en la vida.

COMPAÑERO 1: (en voz baja a ANTONIO) Hablando de... ¿Qué es de Manu? ¿Le has visto últimamente?

ANTONIO (irónico, susurrando): Ni ganas... Andará en una clínica de desintoxicación follando con su médico en la sala de electroshocks.

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

COMPAÑERA 2: A mi hermano le hicieron por ordenador unas invitaciones superchulas sus amigos, que son unos cerebrines.

COMPAÑERA 1: No es igual.

COMPAÑERA 2: Pero eso sí, son muy raros, los amigos. Se reúnen para hablar y hablar y hablar y hablar...

COMPAÑERO 1: (a ANTONIO) Y desde entonces ¿tú?...

ANTONIO: Desde entonces yo aspiro a santidad, un monje tibetano que camino a Dalai Lama, es lo que soy.

COMPAÑERA 2: ... y ni se van de copas ni nada. Sólo hablan y hablan...

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

COMPAÑERA 1: (a los chicos, en plan confidencial): ¿Y a ese qué le pasa?

COMPAÑERA 2: (mirando a EL DE LOS CASCOS, sigue a lo suyo): Pero un amigo nunca es un pesado. Es un filósofo.

ANTONIO: Le han hecho Coordinador de Equipo.

COMPAÑERA 1: A mí me ha contado Elisa que no les dejan tener confianza con sus antiguos compañeros.

COMPAÑERO 1: (muy confidencial) Al principio de abrir la empresa, si te ascendían, te daban un curso para saber cómo tratar con tus ex - compañeros. Se los llevaban un fin de semana por ahí a todos los promocionados juntos.

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

ANTONIO: Es verdad, era muy fuerte.

COMPAÑERA 2: Bueno, tendrían que acostumbrarse a sus nuevas funciones. Hablando de..., ¿sabéis cuándo van a confirmar las vacaciones?

COMPAÑERO 1: (fingiendo altivez) A mí ya me las han confirmado. Me libero en dos meses. (con voz cubana) ¡Chico! ¡El malecón me espera!

ANTONIO: (feliz) Once meses y medio de curro y quince días de felicidad.

COMPAÑERA 1: (tratando de ocultar resentimiento) Luego decís, pero como se nota que sois hijos. A los de TalkPhone nos avisan con una semana de antelación. El año pasado me quedé sin vacaciones porque no pude conjuntarlas con las de Jose. Y luego encima...

COMPAÑERA 2: (interrumpiendo) Bueno, aquí por lo menos tenemos vacaciones y trabajamos todo el año. Que el año pasado cambié tres veces de oficina.

COMPAÑERA 1: Y luego encima las diferencias de sueldo y eso que...

COMPAÑERA 2: Sí, pero los cursos fuera de horario nos los pagan. A los hijos no, ¿no?

ANTONIO: No.

COMPAÑERO 1: Aquí tenía que venir un sindicato.

EL DE LOS CASCOS: (cantando) I've got the power... na na na

Las chicas se callan de golpe. Aterrorizadas, primero se miran entre sí y, después, a EL DE LOS CASCOS. El silencio se alarga y se hace incómodo.

ANTONIO: (vigilando que EL DE LOS CASCOS no escuche) He oído que alguien está tratando de montar un comité de empresa.

COMPAÑERO 1: Pues lo lleva claro.

COMPAÑERA 2: Conmigo que no cuente. Seguro que es el Carlos. Está todo el día protestando y metiéndose en la vida de los demás. Va de protagonista. Además, los sindicatos no arreglan nada. Lo sé por experiencia.

COMPAÑERA 1: Pues a mí me parece muy bien, ¿y quién es?

COMPAÑERO 1: (mirando a los ojos a ANTONIO) Han echado a la calle a varios por mucho menos de eso. ¿Te acuerdas, Antonio, de Jorge Luis y sus compañeros de PeopleWorking? La Palomero los mandó al paro por decir simplemente que el descanso diario, según la ley, es de veinte minutos y no de quince.

COMPAÑERA 2: Pues yo he oído que a Jorge Luis le echaron por estar todo el día con el correo electrónico y que, por su culpa, ahora nos lo han quitado a todos.

COMPAÑERA 1: ¿Y quién es el del comité?

COMPAÑERO 1: Claro, y a los otros cuatro los echaron el mismo día por ser muy amiguitos, ¿no?

ANTONIO: (disgustado) Se dice el pecado, pero no el pecador.

Antonio apaga la colilla. Funde con siguiente escena.

ESCENA 7.

Despacho de un militante de un pequeño sindicato. El mobiliario parece provenir del rastrillo del desahucio de un ministerio franquista. En las paredes hay pósters de los lagos de Covadonga junto a otros que reclaman la reducción de la jornada a 35 horas o el pleno empleo. Una sindicalista está de pie, consultando un libro.

SINDICALISTA: Tres centros de trabajo con más de setenta trabajadores... y otro... con menos de cincuenta... Creo que al vuestro no le corresponde un comité, sino un número determinado de delegados.

ANTONIO: Bueno, somos muchos más de cincuenta. Habrá otros tantos de empresas de servicios, etetés...

SINDICALISTA: Ya, pero el resto no cuentan.

ANTONIO: ¿Cómo que no cuentan? Si algunos llevan más de dos años trabajando allí...

SINDICALISTA: Ya, pero legalmente pertenecerían al comité de empresa de su empresa de servicios.

ANTONIO: Pero eso es imposible. ¿Seguro que es así?

SINDICALISTA: Segurísima.

ANTONIO: Pero ¿cómo va a tener comité de empresa un sitio de esos? Si tienen a cada uno trabajando en sitios diferentes y no se conocen y ni siquiera tienen los mismos problemas.

SINDICALISTA: Ya, ya, pero la ley es así.

ANTONIO: Y vamos a ver, una persona que lleva trabajando dos años en el mismo puesto con un contrato de obra y servicio, ¿no podría demostrar que no está en absoluto allí para cubrir un puesto eventual?

SINDICALISTA: ¿Antonio te llamabas?

ANTONIO: aha

SINDICALISTA: Todo eso ya se sabe. Pero legalmente hay bastante poco que se pueda hacer. Podrías denunciar a la empresa por no contratarte, pero es que con quien se tiene el vínculo legal es con la empresa de servicios. ¿Entiendes?

La sindicalista ha trazado un dibujo sobre un papel explicando la situación. Se lo ofrece a Antonio, que lo observa.

ANTONIO: (amargado) ¡Vaya una mierda de ley!

SINDICALISTA: Sí, claro, pero cuando se protestó contra ella, no fueron los más los que salieron a la calle.

ANTONIO: Y bueno, ¿qué podemos hacer?

SINDICALISTA: Reunir la mitad más uno de las firmas de tus compañeros, convencer a unos cuantos para que se presenten para delegados y convocar con todo eso unas elecciones sindicales. ¿Crees que es posible contar con algunos compañeros?

ANTONIO: Es difícil. Ya ves que vengo sólo. La gente va a tener miedo, pero lo puedo intentar con cuidado.

SINDICALISTA: Espera para hacerlo a un momento en que estén cabreados. Después de unos de esos cursos a los que tenéis que ir sin cobrar.

ANTONIO: (meditando) Arreglar los problemas de sólo unos pocos... ¿Y no podríais convocar vosotros las elecciones sin lo de las firmas? No creo que nadie tenga tanto valor.

SINDICALISTA: Nosotros no podemos, un sindicato grande sí.

ANTONIO: ¡Ah! ¿Sí?

SINDICALISTA: Sí, de hecho, en cuanto supieran de las elecciones tratarían de convencer a algunos de tus compañeros para que fueran candidatos suyos. Cuanto más afiliados y delegados tiene un sindicato más subvenciones recibe. Nosotros dependemos sólo de las cuotas de los afiliados.

ANTONIO: Ya. Los pequeños no pueden hacer nada. Los grandes no quieren hacerlo, ¿no?

La sindicalista se le queda mirando a Antonio, que vuelve a observar el gráfico que ella le ha dibujado.

ESCENA 8.

Exterior día. Una calle y un parque adyacente. Una soleada mañana de invierno.

Antonio sale del edificio de oficinas del sindicato. Cruza la calle. Compra un periódico en un quiosco. Se interna en el parque. Ruido de la cercana calle, muy transitada. Una niña juega en la arena (una muñeca calva, un camión, un teléfono móvil de plástico), mientras su madre lee una revista sentada en un banco. Antonio, diario en mano, viene por el paseo. Se sienta delante de un anciano con bufanda que también lee el periódico. Es un día maravilloso, así que Antonio contempla el parque: la copa de los árboles, el cielo despejado, una pareja de amantes que pasean encaramelados. Con el sol en la cara, Antonio cierra los ojos. Después abre el periódico por la sección sepia de empleo. Suena un teléfono móvil, que distrae de nuevo a Antonio. La madre de la niña busca en el bolso, saca un móvil ("Diga, diga... hola, dígame"). La niña imita a la madre jugando con su teléfono móvil. Antonio mira divertido al anciano: este saca un teléfono de su chaqueta y comienza a marcar un número. La pareja cruza delante de Antonio, ya no van arrobados el uno con el otro, sino que cada uno tiene una conversación individualizada a través de sendos teléfonos móviles. Antonio se refugia en el periódico, abre el suplemento al azar. Una enorme anuncio a doble página: "Amigos, la nueva forma de vivir la telecomunicaciones". Comienza a sonar el principio de la cancioncilla de Retevisión. El dedo de Antonio recorre los diferentes puestos de trabajo que ofrece el anuncio, así como sus requisitos: INGENIERO TÉCNICO, EXPERTO EN REDES, EXPERTO EN MARKETING, SUPERVISOR DE CENTRO DE ATENCIÓN AL CLIENTE y, claro está, se detiene en TELEOPERADOR "Se busca persona dinámica, joven, con dotes de comunicación. FPII o bachillerato. Ganas de trabajar". Antonio se sonríe amargamente y recuerda cómo obtuvo su puesto de trabajo.

ESCENA 9.

Video-clip del empleo perfecto. Con la música de la escena anterior que se monta entre las dos escenas. La vital letra de la canción (con su estribillo: caminaría cien mil millas para estar junto a ti, etc.) da un contrapunto irónico a lo que la escena muestra. Antonio, en un despacho muy moderno, firma sonriente un contrato. El contratante, también muy sonriente, le da la mano y le hace entrega de la corbata, la americana y la mochila corporativas de la empresa. Le acompaña a la puerta. Tras ella, el puesto de trabajo de Antonio, según se describió en la primera escena. Antonio saluda a los uniformados compañeros, que le devuelven el saludo con sonrisas excesivas. Antonio despidiéndose de sus compañeros entre risas en la puerta de la empresa tras una larga jornada. Antonio en el autobús sonriendo de vuelta a casa.

Antonio despertándose de un salto a las cinco de la mañana, contento con su nuevo trabajo. Antonio, vestido como el perfecto empleado, camina por la calle con alegría hacia su nuevo puesto, a su espalda, un muro blanco con algunas letras demasiado cercanas para poder ser leídas. Antonio en el call-center contestando llamadas: el

supervisor cruza a sus espaldas, consulta el tiempo en su reloj, le da unas palmadas de satisfacción en la espalda.

Antonio despertándose de nuevo a las cinco de la mañana: tiene ojeras, pero aún sonrío. Antonio, con el uniforme arrugado, acomete el camino al trabajo corriendo junto al muro que contiene la pintada. Al salir del cuadro, podemos leer la pintada de la pared: "No somos mercancías". Antonio en el call-center, encogido de sueño en su silla, se pone un café en su taza con la berkana. Antonio discute con un cliente, el supervisor, siempre detrás de él, consulta el reloj preocupado por la duración de la llamada y le hace un gesto nervioso de tijeras con los dedos para que vaya colgando al cliente.

Antonio se despierta a las cinco de la mañana: se incorpora lentamente en la cama y se queda dormido sentado al borde del colchón. Tiene ojeras malvas y está delgado. Ha dormido vestido para robarle al sueño unos minutos. Toda la ropa está arrugada. Antonio corre junto al muro de la pintada. Un grupo de trabajadores de limpieza lo están borrando, ahora se puede leer: "somos mercancías". Esta escena enlaza con la primera escena del cortometraje, que se desarrolla completa de nuevo, tras ella viene la

ESCENA 10.

Viene de un fundido en negro, que enlaza con un cartel sobre una puerta oscura:

"La entrevista con el vampiro propiamente dicha"

La puerta se abre con un chirrido de película de miedo. Interior de una sala de reuniones minúscula, sobrecargada con carteles corporativos ("El cliente en el centro", "Con Amigos construyes el nuevo mundo", "Hoy sé amable, serás más feliz", "Prohibido fumar", "Prohibido comer", "Prohibido beber", "Para usar la sala es imprescindible autorización", "Amigos, para siempre", "Hoy también da el doble por la mitad"). Pasan Antonio y el Supervisor. Se sientan. El Supervisor se enciende un pitillo, desoyendo el cartel interdictorio, y encara a Antonio.

SUPERVISOR: Lo que has hecho es causa de despido inmediato, lo sabes.

ANTONIO: (...).

SUPERVISOR: Sin contar que llegas tarde todos los días, te tomas descansos de media hora y eres el único de toda la planta que viene a la oficina sin corbata.

ANTONIO: (...).

SUPERVISOR: Mira, Antonio, tu última evaluación de desarrollo personal es excelente y te diré, confidencialmente, con los tests psicológicos que hiciste al entrar en la empresa son inmejorables. Pero todo eso podría cambiar. Y no te he traído aquí ni para echarte la bronca, ni para ponerte de patitas en la calle. Oye, ¿Tienes algún problema? ¿Qué te pasa?

ANTONIO: ¿Que qué me pasa?

El SUPERVISOR cabecea afirmativamente.

ANTONIO: Estoy cansado. No. Estoy harto, muy harto. Estoy harto de madrugar todos los días para venir aquí ha hacer las

mismas cosas una y otra vez: apretar la misma tecla, rellenar la misma plantilla o grabar el mismo fichero. Y encima, si me levanto de mi puesto para mear o descansar, supuestamente tengo que codificarlo en la centralita y así podréis hacer unas estupendas estadísticas, que son lo único que importa. Esto es como una cadena de montaje. Incluso has llegado a gritarnos que nos querías ver trabajar como máquinas. Como máquinas, ¿sabes qué entrenamiento mental hay que seguir para que estas cuarenta horas de lavado de cerebro no te frían las meninges? Y no me vengas con lo de los clientes satisfechos. Esos nunca nos llaman. Aquí nadie puede resolver los problemas de un cliente, sólo somos la cara visible de los chanchullos de la empresa. Estamos aquí para que la mierda no suba demasiado alto, para que se desfoguen con nosotros.

SUPERVISOR (después de una pausa valorativa): Así que ese es tu problema. Mira, podría decirte ahora mismo que recojas tus cosas y te marches. No tengo ni que consultarlo. Si todavía estás aquí es porque me caes bien. Admiro tu sinceridad. Tienes cojones y dices lo que se te pasa por la cabeza, y a la cara. Y, mira, yo eso lo respeto y lo valoro, eh. Pero, mira, te estás pasando. ¿Qué coño te crees que es la vida, Antonio? ¿Un campo de amapolas? Se te olvida lo principal de este trabajo: te da dinero. Y tú necesitas comer, ¿no? ¿Que es duro? ¿Y qué coño quieres?

(pausa)

Mira, yo soy licenciado en periodismo. Cuando me vine de Coruña a Madrid a estudiar, tenía muchos pájaros en la cabeza. Creía que me iba a comer el mundo. Creí que mi vida iba a consistir en cerrar la edición de algún periódico a las tantas de la mañana y marcharme por ahí de copas y conocer gente y estar siempre en el meollo del asunto. Pero, mira, cuando se me acabó la beca, tuve que comer aquí o volverme a Coruña con mis padres. ¿Y te crees que encontré un trabajo de periodista? Eso es sólo para los que tienen alguien dentro. Así que vendí libros puerta a puerta, trabajé como tú en call-centers y repartí pizzas. Y, mira, al final me cansé de esperar la oportunidad y de dar bandazos de trabajo a trabajo y no tener para irme de vacaciones a Cuba si me daba la gana. Todos necesitamos seguridad. Y eso es lo que me da este trabajo. Esto me ofrece la oportunidad de prosperar. Y voy a hacer carrera en esta empresa, eso seguro. Y mira, si mi trabajo es pasar mierda a los de abajo, pues soy un profesional y lo hago. Así de sencillo.

Mira, Antonio, tú tienes carácter y talento. Eso no es lo más normal, lo sabes con que mires a la morralla de tus compañeros. Sólo te falta un poco de voluntad y tomar las decisiones adecuadas. Y si eres listo, acabarás tomándolas. Aquí, por ejemplo. Si necesitas un trabajo más creativo, ahora mismo sería difícil, pero más adelante, podemos hacer un esfuerzo y meterte en Formación, por ejemplo.

ANTONIO: (valorando) Olvidarme del teléfono y del trabajo administrativo... Un poco más de sueldo y no madrugar. Y a los demás...

SUPERVISOR: Te estoy hablando a ti. A nadie más. Mira a ver si les debes algo a tus compañeros.

Antonio levanta la vista. Se encuentra con la mirada sonriente del supervisor. Se miran unos segundos.

ANTONIO (sosteniendo la mirada): No. Es cierto. No les debo nada. Cada cual aquí va a lo suyo.

SUPERVISOR: ¿Y entonces?

Silencio.

ANTONIO: Empleo fijo con vacaciones en La Habana, poder comprarme un coche... Trabajando once horas diarias, ¿no?

SUPERVISOR: Horario flexible, Antonio. No tenemos máquina de fichar. Si la empresa cuenta contigo, la empresa tiene que contar para ti. Unos días habrá más trabajo, otros menos, pero mira, sin tener que dar explicaciones si un día tienes que llegar tarde, confiamos en nuestra gente. Es lo que tiene el trabajo creativo. Eso, y los incentivos económicos.

Silencio.

ANTONIO: Ya. Ya veo. ¿Ser cómo tú?

SUPERVISOR (sonriendo): Bueno, no seas ambicioso. A lo mejor un día...

ANTONIO: Tu cuenta cuadra. Once, doce, tal vez más, horas diarias de mi vida por más dinero en mi bolsillo. Mi vida para la empresa y La Habana, para mí, ¿no? Sí, tu cuenta cuadra. Pero es errónea.

SUPERVISOR: ¡Antonio! No te creas que las oportunidades se repiten. "La vida es una mierda", te crearás que has descubierto el Mediterráneo. Me tocan los cojones que los pesimistas intelectuales de mierda. ¿Tú crees que vas a poder elegir una profesión? Mira, así no funcionan las cosas: la profesión te elige a ti. Y ahora te ha elegido esta. Y lo mismo no te vuelve a elegir otra. Mira que así funciona la vida. Hay que tener los dos pies sobre la tierra. Integrarte o morir, tú eliges.

ANTONIO (levantándose): La vida no es una mierda.

ÚLTIMA ESCENA.

Día. Exterior de un polígono industrial donde se ubica el centro telefónico de Amigos. Es muy de mañana. La calle, solitaria, está bañada de luz y de un silencio espeso, sólo roto por una sirena lejanísima. Sopla un ligero viento. Antonio sale ensimismado de un edificio, cargado con algunos bultos: su título de licenciado, su taza, su mochila. Avanza calle adelante. De pronto se percata del silencio y la calma que lo envuelve. Merecería ser el primer día de primavera después de un invierno demasiado frío y lluvioso. Antonio se para en mitad de la calzada y mira hacia un cielo despejado y azulísimo. Cierra los ojos y se relaja. Poco a poco, los brazos caen a los lados del cuerpo y su título y la taza se precipitan al suelo sin que le importe en absoluto. Antonio es feliz, así que no le queda más remedio que sonreírse de oreja a oreja y continuar caminando muy despacio, como si todo lo que le quedara de vida fuera un paseo.

Comienza abruptamente una bulería alegrísima de Paco de Lucía (I wanna King Kong) mientras Antonio desaparece. Se superponen los títulos de crédito.

Fin.